

**ROSAS COMO IMAGEN DE BARBARIE.
EL CENTENARIO DE LA MUERTE DE MARCO AVELLANEDA (1941)**

**THE IMAGE OF JUAN MANUEL DE ROSAS AS A *BARBARISM*.
THE CENTENARY OF THE DEATH OF MARCO AVELLANEDA (1941)**

Facundo Nanni

Universidad San Pablo-Tucumán

Resumen: El presente trabajo analiza las imágenes desarrolladas en la historiografía y en la memoria histórica respecto a Marco Avellaneda, joven decapitado a modo de escarmiento tras el fracaso final de la Liga de provincias que se enfrentó a Juan Manuel de Rosas en 1841. En la provincia de Tucumán, y, en menor medida, en el resto de las provincias argentinas, se fue gestando desde finales del siglo XIX hasta principios del siglo siguiente, una imagen que ubicaba a este joven como la suma de las virtudes cívicas, y como contracara del federalismo y del caudillismo, definidos en términos de barbarie.

Palabras clave: memoria histórica; caudillismo; Juan Manuel de Rosas, celebraciones

Abstract: This paper analyzes the images developed in historiography and historical memory about Marco Avellaneda, a young man beheaded as a punishment after the final failure of a league of provinces that confronted Juan Manuel de Rosas in 1841. In the province of Tucumán, and to a lesser extent in other Argentine provinces, was brewing since the late nineteenth century to the beginning of the next century, an image that placed this young man as the sum of the civic virtues, and as a counterpart of federalism, and caudillismo, defined in terms of barbarism.

Key words: historical memory, caudillismo, Juan Manuel de Rosas, celebrations

Recibido: 25/02/2014

Evaluado: 11/03/2014

Introducción

La producción historiográfica originada en la provincia de Tucumán (Argentina), otorgó una atención considerable a la figura de Marco Avellaneda, y a su actuación durante la llamada "Liga del Norte", agrupación de provincias que intentó sin éxito terminar por la vía armada con el gobierno de Juan Manuel de Rosas, en una serie de batallas ocurridas entre 1840 y 1841.

El carácter dramático de la muerte de este joven tucumano, decapitado a modo de escarmiento tras el fracaso final de la Liga del Norte en la Batalla de Famaillá en 1841, contribuyó a que Marco Avellaneda se constituya como un ícono reformulado y dotado de significación para el temprano liberalismo aparecido en la provincia a mediados del siglo XIX. La permanente mención a su vida y a su trágico final excedió el marco de la producción historiográfica, dando lugar en la provincia norteña y en todo el país a evocaciones variadas, bajo la forma de monumentos, actos públicos, celebraciones, medallas conmemorativas, discursos alusivos, notas literarias, etc.

En la provincia tucumana, los gobiernos de signo liberal aparecidos tras la caída del rosismo hicieron una evocación permanente del final épico de la Liga del Norte, contribuyendo de esta manera a construir un discurso de continuidad entre el unitarismo de la primera mitad del siglo XIX y el temprano liberalismo de la segunda mitad de aquella centuria.

Lejos de las escenificaciones y actos públicos, en el marco relativamente restringido de un mundo académico provincial en expansión por la creación de la Universidad (1914), la entronización de la figura de Avellaneda fue también notable. En la historiografía provincial, nacida en el último tercio del siglo XIX, ocupó un lugar destacado el relato de la muerte de este joven romántico que se unió con referentes unitarios para enfrentar al rosismo. En estos primeros pasos de la historiografía local, en dónde coexistían la erudición y el afán metodológico con una ponderación evidente y explícita de los personajes históricos abordados, se consolidó la imagen del federalismo rosista como un *régimen dictatorial*, opuesto a las virtudes atribuidas a los referentes del unitarismo.

El temprano liberalismo tucumano aparecido tras la caída de Juan Manuel de Rosas en la batalla de Caseros, se consideró heredero político del unitarismo. La batalla de Caseros fue evocada como el final de la *barbarie*, y la Liga del Norte como un antecedente heroico en su intento por derrocar a Rosas, quién se constituyó, con diferentes matices, en el reverso lógico de la imagen de la civilización y las virtudes cívicas.

Como veremos a lo largo de este trabajo, la construcción simbólica de Marco Avellaneda como "Mártir de Metán", en alusión al sitio de la provincia de Salta en dónde fue capturado y ajusticiado, tuvo su etapa de esplendor discursivo durante el año de 1941, cuando al cumplirse 100 años de su muerte se llevaron a cabo extensas conmemoraciones en la Provincia de Tucumán, con la participación activa de asociaciones e instituciones de todo el país.

1.- Historiografía: evocación de Marco Avellaneda por Paul Groussac

Uno de las primeras investigaciones sobre el Tucumán del siglo XIX, fue realizada en 1882 por el intelectual de origen francés Paul Groussac. Llegado a Buenos Aires en 1866, logró rápidamente vincularse con circuitos educativos e intelectuales, logrando así acceder a la docencia en instituciones prestigiosas de la ciudad portuaria como la escuela Normal y el Colegio Nacional. Fue sin embargo en la provincia norteña de Tucumán en dónde el joven francés comenzó a escribir sus primeras obras ensayísticas e históricas. Entre la red de vínculos que el aún joven docente obtuvo en sus primeros años de residencia en el país, figura su relación con la influyente familia tucumana de los Avellaneda, descendientes del prócer que se habían dedicado con éxito a la actividad económica y política. Groussac establecería un vínculo duradero principalmente con uno de los hijos del "Mártir de Metán", Nicolás Avellaneda, quien facilitaría la radicación del francés en la ciudad de San Miguel de Tucumán durante 1871.

Nicolás Avellaneda, que ocupaba entonces el cargo de Ministro Nacional de Instrucción Pública y pronto accedería a la presidencia de la Nación, convencería a Groussac de las oportunidades que existían en la provincia tucumana, alentando así su estadía en el llamado "Jardín de la República" en dónde residió durante once años, entre

1871 y 1882.¹ De esta forma, con apenas 23 años, el francés oriundo de Toulouse se instaló en una provincia que comenzaba su etapa de auge en la producción de azúcar, asociada a un desarrollo educativo y a un creciente acceso de las familias locales a la dirigencia nacional, alcanzando la vice-presidencia en el período 1862-1868, y la presidencia en manos de Nicolás Avellaneda y Julio Roca en los períodos 1874-1880, 1880-1886 y 1898-1904.

En 1882 durante el tramo final de su estadía en Tucumán, Paul Groussac publicó su *Ensayo histórico sobre el Tucumán*.² La investigación formaba parte de una publicación encargada por el gobierno provincial que incluía este extenso escrito histórico de Groussac, pero también contenía capítulos de otros autores sobre demografía, geografía y otros aspectos de Tucumán, con el objetivo de promocionar los atractivos turísticos y económicos de la provincia. El *Ensayo* escrito por el francés para esta compilación constituye uno de los inicios de la historiografía tucumana. Con anterioridad a esta obra son prácticamente inexistentes los estudios históricos referidos a la historia de Tucumán. La obra de Groussac evidencia además un auténtico ejercicio de búsqueda de documentación sobre el Tucumán decimonónico, y un criterio de científicidad y fundamentación que es perceptible en sus referencias y notas al pie que demuestran un conocimiento de la bibliografía y las fuentes del período.

Sin embargo, la científicidad todavía incipiente del *Ensayo* de Groussac, en tiempos en los que la historiografía nacional estaba en ciernes, albergaba también un tipo de escritura ensayística en la cual el escritor expresaba una clara valoración sobre los personajes y acontecimientos históricos del pasado que analizaba, en función del presente en el que se escribía el libro. El *Ensayo* del joven franco-argentino, otorgaba una considerable atención a la figura de Marco Avellaneda, siendo así uno de los primeros textos históricos que instituyen al joven tucumano como portador de valores y emblemas tales como el *valor*, la *inmortalidad*, la *gloria*, el *talento*.³

Estas adjetivaciones que representan valores cívicos que el autor ponderaba dan inicio a un proceso de construcción de una figura de Avellaneda cuya evolución se intensifica en

¹ Paul Groussac, *Los que pasaban*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2º Edición, 1939, pp. 149-155.

² Paul Groussac, *Ensayo histórico sobre el Tucumán*. Tucumán: Fundación Banco Comercial del Norte, 1981.

³ Paul Groussac, *Ensayo histórico...*, pp. 210-234.

los años posteriores. Más allá de la existencia histórica de Avellaneda y de su participación clave en la arena pública de su tiempo, el relato de Groussac y las posteriores conmemoraciones que analizaremos, al convertir en un ícono al joven tucumano y ubicar al rosismo como el reverso exacto de esos valores, nos brindan claves analíticas para entender la compleja relación entre pasado y presente, y entre historia y memoria. El mencionado afán de Groussac por documentar y fundamentar sus afirmaciones, coexistía con un relato de tono ensayístico y cargado de valoraciones que ubicaban al unitarismo como un antecedente en la búsqueda de la organización nacional, y a los caudillos como agentes que impedían este proceso, en una interpretación del fenómeno del caudillismo que ha sido cuestionada en las últimas décadas.⁴

La dicotomía civilización-barbarie presente en el ensayo de Groussac, articulada con otras antinomias como campo-ciudad y cultura europea-costumbres locales, edifican la matriz del relato del autor quien sostenía que el clásico libro de Domingo F. Sarmiento, era "el libro más original (...) que se haya escrito acerca de este país".⁵ La ponderación positiva del unitarismo, y posteriormente de la generación de 1837 vinculada con Marco Avellaneda, contrastaba en su relato con una valoración negativa del caudillismo, con diferentes matices descriptivos. La adjetivación respecto al gobernador de Santiago Felipe Ibarra, cercano al rosismo, era la más explícita, llegando incluso a celebrar su muerte bajo la frase "¡A la tumba anciano inservible!". En sentido similar, el Facundo Quiroga de Groussac era un "peón tramposo y asesino" y de forma genérica se tipificaba al caudillo como un líder que reunía las cualidades de "sanguinario e ignorante".⁶

Paul Groussac, que tendría una prolífica producción intelectual en las décadas posteriores a este ensayo histórico, no abandonaría su interés por la época de los caudillos, y continuaría desarrollando con habilidad literaria sus valoraciones que se ubican en línea con la dicotomía sarmientina. La evocación épica de los caudillos y de su tiempo le permitió en los años siguientes lograr valiosas obras que se dotaban de la historia, pero que

⁴ Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comp.), *Caudillismos Rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba, 1998.

⁵ Paul Groussac, *Ensayo histórico...*, p. 200.

⁶ Paul Groussac, *Ensayo histórico...*, p. 177 y p. 206.

tenían fines estéticos y una libertad en sus formas de escritura. Entre ellas podemos ubicar a sus novelas históricas, y a la pieza de teatro *La divisa punzó*, estrenada con éxito en 1923, que desarrollaba nuevamente una mirada sumamente crítica de la figura de Juan Manuel de Rosas. Algunos años antes, un compatriota de Groussac, el escritor francés Alexandre Dumas, había recurrido también al dramatismo del período de los caudillos para ambientar su novela histórica *Montevideo o una nueva Troya*, en la cual relataba el episodio de la muerte de Avellaneda.⁷

2.- Juan B. Terán y Lizondo Borda: aproximación a Marco Avellaneda

Juan Bautista Terán, intelectual tucumano que trabajaba con éxito en la creación de la Universidad Nacional de Tucumán, publicó en 1910, en el marco del centenario, su obra *Tucumán y el Norte Argentino*.⁸ En esta producción historiográfica, Juan B. Terán trabajó en un período relativamente restringido, entre 1820 y 1840, realizando una búsqueda documental que enriqueció el corpus de documentos conocidos sobre el período de los caudillos en la provincia norteña. El trabajo refería a la gran obra pionera de Groussac, pero advertía también en su prólogo que los trabajos que le precedían no disponían de todos los "materiales" para documentar sus afirmaciones, y se enfrentaban además a la cercanía con el pasado reciente, ante lo cual aquellas obras pasadas carecían de aquello que el autor denominó "perspectiva crítica".⁹

El trabajo de Terán, miembro de la llamada *generación del centenario* vinculada con un incipiente campo académico provincial, pero también con la política local y el fomento de la pujante industria azucarera, superó ampliamente el caudal de erudición que había tenido la obra del francés. Se convirtió de esta manera en la obra historiográfica de referencia, y aún en la actualidad constituye un antecedente clave para el estudio de aquel período. En línea con el trabajo de Groussac, y con el espíritu de los circuitos intelectuales tucumanos de las postrimerías del siglo XIX y principios del siguiente, Juan B. Terán llevó

⁷ Alexandre Dumas, *Montevideo ou une nouvelle Troie*. París: Imprimerie Centrale de Napoleón Chaix, 1850.

⁸ Juan B. Terán, *Tucumán y el Norte Argentino*. Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos, 1919, p. 7.

⁹ Juan B. Terán, *Tucumán y el Norte Argentino...*, p. 6.

a cabo en aquella obra una ponderación positiva de las figuras vinculadas con el horizonte unitario, pese a sus diferencias con el pionero *Ensayo* de Groussac.

El afán de rigor científico que pretendía el político y académico tucumano, en un contexto nacional de mayor desarrollo de la disciplina histórica, lo conducía a evitar la adjetivación explícita de personajes históricos y acontecimientos del pasado. En este sentido se distanciaba de la vehemencia narrativa de Paul Groussac, quien había criticado por ejemplo el “lema idiota y bestial” que utilizaba el gobernador Celedonio Gutiérrez, en referencia al tradicional *Mueran los salvajes unitarios* que, por orden de Juan Manuel de Rosas, debía encabezar todo expediente administrativo.¹⁰

A pesar de las diferencias con la obra de Groussac, la matriz interpretativa era similar: Felipe Ibarra y Facundo Quiroga aterrorizaban a Tucumán con su crueldad, y sus formas de “hacer asustar para reírse”, el gobernador Heredia era un “caudillo”, pero con características singulares que permitieron un gobierno relativamente estable, etc. Terán no eludía tampoco la reflexión contra-fáctica de algunos acontecimientos históricos, como se evidencia en su ya clásica afirmación en clave condicional, que sostenía que de no haber triunfado las tropas del caudillo riojano Facundo Quiroga contra el general unitario José María Paz, la Argentina hubiese evitado atravesar la etapa del gobierno de Juan Manuel de Rosas y hubiera sancionado una Constitución 20 años antes. El autor evocaba como un lamento el conocido episodio del gaucho de una montonera federal que mediante una boleadora dominó y puso en prisión al General Paz y permitió la derrota unitaria: “(...) este juguete bárbaro y lleno de añoranzas de la vida libre y púgil de la pampa que al trabar y rendir el palafrén de un general hacia claudicar la marcha de una serie de pueblos”.¹¹

Acerca del joven Marco Avellaneda, los pasajes de la obra de Terán son elogiosos y continúan la tradición liberal que lo ubicaba como un “Mártir” que anticipa la etapa post-rosista:

“Simbolizaba el lirismo ardiente de que se hallaba poseída la juventud intelectual que organizaba la Asociación de Mayo y que llamada a actuar bajo la tiranía adquirió un

¹⁰ Paul, Groussac, *Ensayo Histórico*, p. 237.

¹¹ Juan B. Terán, *Tucumán y el Norte Argentino...*, pp. 73-74.

sentido trágico de la vida, que en la naturaleza ansiosa y apasionada de este joven (...) se volvía una vocación al apostolado y al martirio, fulgurado de un orgullo y una melancolía infinitos".¹²

En cuanto al tratamiento que otorgaba a la narración del episodio de la muerte de Avellaneda, Terán lo trabaja sin ahondar en mayores detalles descriptivos, considerando quizás que a principios del siglo XX era sumamente conocido en Tucumán el acontecimiento del degollamiento de Marco en la plaza principal y la posterior acción de la mujer que le otorgó santa sepultura. Aparece en cambio, por primera vez dentro de esta línea de trabajos, una suerte de crítica sutil a los referentes que condujeron la lucha contra Rosas, bajo la afirmación de que una mayor organización pudo haber significado el triunfo y la implementación de una Constitución y de una orden liberal que reúna a las provincias. De esta forma caracteriza al general unitario Lamadrid como un hombre de ideales nobles, pero de una "vanidad ingenua", y más allá de las ponderaciones positivas hacia el joven Avellaneda sostiene que "no tenía edad ni madurez para ser acatado".¹³

Este matiz en el balance hacia las figuras unitarias, que no aparecía en Groussac, no invalida sin embargo el hecho de que la misma se realizaba bajo una lente interpretativa similar en cuanto a su valoración del fenómeno del caudillismo. En efecto, así como en 1831 el triunfo de Facundo Quiroga había evitado quizás que "el general Paz fuera el primer presidente de la República", la derrota de la Liga del Norte también era lamentada por el autor, interpretada como un triunfo de los caudillos que impedían la organización nacional. La historia se volvía recurrente, y el fracaso de la Liga del Norte permitía reflexionar que "todo se había perdido como en el año 1831".¹⁴

Décadas más tarde, otro intelectual tucumano también vinculado con la *generación del centenario* se ocupaba del Tucumán en los singulares tiempos del caudillismo. Con su "Historia de Tucumán", publicada en 1948, Lizondo Borda pretendía ampliar el estado del conocimiento sobre la primera mitad del siglo XIX en la provincia. La obra constaba de dos partes: la primera, referida al período 1801-1852, ya había sido publicada como parte de la

¹² Juan B. Terán, *Tucumán y el Norte Argentino...*, p. 162.

¹³ Juan B. Terán, *Tucumán y el Norte Argentino...*, p. 168.

¹⁴ Juan B. Terán, *Tucumán y el Norte Argentino...*, p. 73 y p. 167.

“Historia de la Nación Argentina” de la Academia Nacional de la Historia, institución de la cual Borda era miembro. Además de la reedición de esta primera parte, la ambiciosa “Historia de Tucumán” agregaba una segunda parte inédita que abarcaba el período 1851-1900, sumada a un prólogo y un estudio introductorio.¹⁵

En su prólogo, Lizondo Borda consideraba pionero en los estudios sobre la primera mitad del siglo XIX al mencionado ensayo de Groussac, a quién adjudicaba el “mérito de haber abierto en la selva tropical de esta historia la primera picada”, pero se distanciaba del mismo al juzgar el carácter incipiente de su fundamentación documental.¹⁶ Mencionaba también al trabajo investigativo de Ricardo Jaimes Freire, maestro suyo influido por el modernismo y cercano a Rubén Darío y Leopoldo Lugones, y se refería como antecedente directo a la obra de Juan B. Terán, a la cual elogiaba por su riqueza documental, pero advertía que se limitaba a un enfoque político y a un recorte temporal relativamente reducido.

Lizondo Borda, quién había logrado un reconocimiento considerable en el mundo académico provincial y nacional, sostenía entonces la pertinencia de su investigación, al constatar que “la historia de la provincia de Tucumán en el siglo XIX orgánica y completa, no ha sido escrita hasta la fecha”.¹⁷ En esta nueva historia de Tucumán, como así también en la *Breve Historia de Tucumán* del mismo autor, si bien no se centra en demasía en la figura de Marco Avellaneda, considera a la Liga del Norte como el antecedente del liberalismo y el preanuncio del fin del orden rosista figurado como una *tiranía*.

La asociación entre provincias contra el gobierno de Rosas, permitía además a Lizondo Borda resaltar la participación de Tucumán como protagonista de aquella empresa político-militar. La provincia era, según el autor, sostenedora de principios de organización nacional, y opuesta entonces a un caudillismo que era visto como la faz negativa de las virtudes cívicas. La participación de Avellaneda permitía al autor afirmar que “Tucumán

¹⁵ Manuel Lizondo Borda, *Historia de Tucumán (Siglo XIX)*. Tucumán: Ediciones de la Universidad Nacional de Tucumán, 1948.

¹⁶ Manuel Lizondo Borda, *Historia de Tucumán*, pp. 11-13.

¹⁷ Manuel Lizondo Borda, *Historia de Tucumán*, pp. 11-13.

lucha ciertamente por la libertad contra la tiranía".¹⁸ El período entre 1839 y 1841 durante el cual la provincia tucumana se encontraba dirigida por Marco Avellaneda y otros hombres que organizaron la Liga del Norte es considerado por Lizondo Borda como un "impasse" unitario sumamente positivo para la provincia, constituyendo un periodo "breve y desdichado (aunque hermoso)".¹⁹

3.- Fuera del círculo académico: conmemoraciones, monumentos y veladas literarias.

Por fuera del marco restringido de una historiografía provincial todavía incipiente, se desarrollaron en el espacio público tucumano, y en ocasiones con una proyección que incluía al resto de las provincias argentinas, diferentes evocaciones que reafirmaron la idea de Marco Avellaneda como ícono dramático del liberalismo. Las ceremonias y veladas literarias, sumadas al despliegue historiográfico ya analizado, ubicaron al joven romántico como un reverso de la *barbarie* atribuida al grupo federal y al rosismo en particular. La instalación de Marco Avellaneda dentro de un panteón nacional de próceres fue facilitada además por la articulación de la influyente familia tucumana de los Avellaneda en el espacio político y económico nacional. A finales del año 1909, y mientras avanzaban en el país los preparativos de diferentes actos para homenajear el centenario del proceso de independencia abierto en 1810, tuvo ocasión de visitar la provincia tucumana el historiador e intelectual David Peña.

Nacido en la provincia de Santa Fe, Peña había sido invitado a disertar acerca de la vida de Marco Avellaneda, habidas cuentas del éxito que habían tenido sus publicaciones recientes que revisaban el polémico siglo XIX y el fenómeno del caudillismo a partir de estudios biográficos de tipo reivindicativo sobre Facundo Quiroga y Juan Bautista Alberdi. Su conferencia leída en Tucumán en el mes de octubre de 1909, llevaba un título que continuaba con la tradición que erigía al joven Marco como emblema de virtudes cívicas: *Marco Manuel de Avellaneda. Sacrificado en Metán el 3 de Octubre de 1841*. Además del interés que habían generado sus publicaciones históricas, David Peña había participado

¹⁸ Manuel Lizondo Borda, *Breve Historia de Tucumán. Del siglo XVI al siglo XX*. Tucumán: Imprenta Violetto, 1965, p. 87.

¹⁹ Manuel Lizondo Borda, *Historia de Tucumán...*, p. 83.

activamente en la escena pública de su provincia santafecina y de la capital del país, mediante distintos ámbitos como la producción de obras teatrales de contenido histórico, la realización de disertaciones y veladas literarias, además de haber acompañado en Buenos Aires en 1885 la candidatura presidencial de Bernardo de Irigoyen.

Su visita había generado gran expectativa entre estudiantes y académicos tucumanos. La temática escogida articulaba con grandeza el pasado de la provincia con el contexto presente del Tucumán industrial, haciendo referencia a los descendientes directos del prócer que actuaban en política provincial y nacional: el ex presidente Nicolás Avellaneda y el diputado Marco Avellaneda. En sus palabras preliminares, el historiador santafecino agradecía a Nicolás Avellaneda, por su "ayuda oficial" para sus estudios realizados en Buenos Aires, y por su "amistad valiosa", desde hacía "7 lustros". Los párrafos siguientes se dirigían a otro de los descendientes del mártir, el político tucumano Marco Avellaneda, que además tenía según las palabras de David Peña la singularidad de llevar bajo sus espaldas la suerte de ser "heredero directo" del nombre del "Mártir de Metán".²⁰

Marco Avellaneda fue junto con Nicolás uno de los cuatro hijos varones del joven tucumano que lideró la Liga del Norte, heredando su nombre. En su carácter de diputado nacional por Tucumán tuvo la ocasión de descubrir el retrato de su padre que fue colocado en la legislatura tucumana aquel mismo año de 1909, meses antes de la conferencia de David Peña. La singularidad de la historia de vida de Marco Avellaneda y las circunstancias épicas de su muerte fueron un legado presente para los descendientes, quienes en su carácter de hombres de la política provincial y nacional, participaron de diferentes conmemoraciones a su padre. En 1888 otro de los hermanos, Eudoro Avellaneda, condujo a Buenos Aires las cenizas de la cabeza de su padre, que recibieron sepultura en el Cementerio de La Recoleta, en dónde se erigió además un monumento en su memoria. La visión de Peña respecto a la Liga del Norte y a la actuación de Marco Avellaneda se encontraba claramente en línea con la tradición de la historiografía tucumana ya mencionada, por sus explícitas críticas al rosismo. En su visión se advierte el uso de las

²⁰ David Peña, *Marco Manuel de Avellaneda. Sacrificado en Metán el 3 de Octubre de 1841*. Buenos Aires: Ediciones Coni Hermanos, 1909, p. 26.

antiguas categorías de civilización y barbarie, más allá de que el autor había propuesto una lectura diferente del siglo XIX en sus biografías anteriores al revisar la figura del caudillo Facundo Quiroga. El autor ubicaba enfáticamente a la acción de la Liga del Norte, en términos de una lucha heroica y libertaria:

“De todos los períodos de la guerra civil de nuestra historia no hay otro que se acerque en grandeza y pavor. Son de estos instantes indecibles en que se juega la civilización sobre un campo de batalla. Si se triunfa, el país será organizado, habrán leyes, se dormirá el sueño del bien. Si se pierde, ¡ay vencidos! ¡ay pueblos!” ¡ay hogares!”.²¹

La temática escogida por Peña, expuesta además entre parientes del referido Avellaneda, no era un objeto de evocación poco frecuentado, como vimos. Décadas más tarde, desde la provincia de Catamarca, Pedro Ignacio Galarza, historiador vinculado con Armando Raúl Bazán, homenajeó a Avellaneda, recordando sus orígenes catamarqueños, y relató una leyenda de tipo oral que circulaba en Tucumán respecto al retrato al óleo mencionado y al impacto que el mismo causó en Mariano Maza, implicado en su asesinato. Pedro Ignacio Galarza, fue miembro de Número de la Junta de Estudios Históricos de Catamarca, desempeñándose también en política provincial. En 1963, al cumplirse 150 años del nacimiento de Marco Avellaneda, pronunció una elogiosa conferencia en su memoria, en donde además de trazar la biografía del joven, narró a modo de epílogo una leyenda que circulaba acerca del retrato de Avellaneda y el impacto que el mismo causó en Mariano Maza, autor del homicidio, quien al contemplarlo quedó “mortalmente pálido (...) y a la mañana siguiente fue encontrado muerto en su dormitorio”.²²

4.- Marco Avellaneda como “Mártir de Metán”

En el Tucumán del período de entreguerras, continuaba creciendo la importancia provincial y regional de los hombres de letras conocidos como la *generación del*

²¹ David Peña, *Marco Manuel de Avellaneda...*, p. 26.

²² Marco Manuel de Avellaneda (*Reseña Biográfica*). Conferencia pronunciada en el Centro “Marco Avellaneda”. Catamarca: Editorial “La Unión”, 1963.

centenario, que habían participado durante su juventud en la organización de los festejos centenarios y de la creación de la Universidad Nacional de Tucumán (1914). Dentro de esta generación había sido Juan B. Terán el principal impulsor de la Universidad, a quién vimos también protagonizar los inicios de una historiografía provincial todavía incipiente. El proyecto de creación de la casa de altos estudios fue presentado en 1908, mientras Terán ocupaba el cargo de diputado provincial. Lograría su concreción recién en 1914 bajo el gobierno de Ernesto Padilla, hombre de familia azucarera que se inclinó también a fomentar los estudios de esta generación de intelectuales cuyas producciones tuvieron alta repercusión en la provincia, adquiriendo incluso vínculos a nivel nacional e internacional.

A la figura de Juan B. Terán, que sería el rector de la Universidad en el período 1914-1929, y a la del gobernador Ernesto Padilla, se agregaban otras personalidades de fuerte influjo en la provincia, como Alberto Rougès, intelectual que participaba activamente de la política, vinculado además con la pujante industria azucarera por administrar el Ingenio Santa Rosa. Ocuparía la cátedra de Filosofía de la recientemente creada Universidad, llegando a alcanzar también el cargo de rector. La articulación de la provincia con circuitos académicos de la región y del mundo, alcanzada durante estas décadas de crecimiento de la industria azucarera y de acelerado desarrollo cultural, se vería favorecida además por la presencia del poeta modernista Ricardo Jaimes Freyre, de estrechos vínculos con Rubén Darío y Leopoldo Lugones, radicado en la provincia azucarera entre 1901 y 1921.

Durante 1939 y siendo reciente la muerte de Juan B. Terán, Alberto Rougès encabezó una iniciativa de gran escala, tendiente a conmemorar la creación de la Liga del Norte y la participación de Marco Avellaneda en la misma, cuyo centenario se cumplía el 7 de abril del año siguiente. En diciembre de ese año, Alberto Rougès escribía a Ernesto Padilla, comentándole que mediante su intervención y la del historiador Lizondo Borda, habían podido captar el interés del poder ejecutivo provincial. En dicha carta, Rougès recordaba a Padilla la reciente gestión para organizar los festejos:

“Tal vez hayas leído el decreto del gobierno provincial pidiendo la opinión de la Junta Conservadora del Archivo Histórico sobre la conmemoración de las fechas históricas. Se refiere especialmente al Pronunciamiento de la Liga del Norte. Lo

hemos obtenido con Lizondo. A nuestra vez, hemos dirigido una comunicación al P.E indicando la conveniencia de nombrar de inmediato una comisión en que se hallen representadas las autoridades políticas, militares y eclesiásticas de la provincia para que organice la celebración del 7 de abril, como centenario de la Liga del Norte”.²³

En efecto, el impulso de los hombres de la generación del centenario, había logrado obtener el interés del gobierno provincial en organizar un festejo que tendría una escala amplia en cuanto a su nivel de organización y a la variedad de las asociaciones y corporaciones que presentarían su adhesión. Además de las “autoridades políticas, militares y eclesiásticas”, que mencionaba el filósofo Rougès, se sumarían a la evocación del Mártir y de la Liga del Norte, diferentes ámbitos de la provincia vinculados con la historia, la educación y la memoria en general, al igual que asociaciones similares de otros puntos del país. La iniciativa de conmemorar el centenario de estos acontecimientos lograría obtener el interés de instituciones de Buenos Aires, pero asumiría un carácter más bien regional por la presencia de representantes de las provincias de Catamarca, Jujuy, Salta y La Rioja, por haber sido protagonistas de la Liga de Provincias que habían firmado aquel 7 de abril el desconocimiento a la gobernación de Juan Manuel de Rosas.

Alberto Rougès y Lizondo Borda obtendrían, por su iniciativa en los preparativos y por ocupar un espacio de prestigio en el campo académico, una participación relevante en la comisión organizadora, establecida por decreto provincial del 23 de febrero de 1940.²⁴ La comisión sería presidida por el Ministro de Gobierno de la Provincia de Tucumán, en una celebración que asumía así un carácter oficial, ligando al mundo intelectual con la esfera política, espacios que tenían una proximidad notable en el Tucumán de entreguerras. La vice-presidencia de este ámbito organizativo quedaría a cargo de Lizondo Borda, en su carácter de especialista en temas históricos y miembro de la Junta Conservadora del Archivo Histórico. Alberto Rougès, que también era miembro de la mencionada Junta del

²³ Carta de Alberto Rougès a Ernesto Padilla, en Elena Perilli de Colombres Garmendia, et. al. (comp.), *Alberto Rougès. Correspondencia (1905-1945)*. Tucumán: Editorial Centro Cultural Alberto Rougès, 1999, p. 441.

²⁴ Los documentos vinculados con la conmemoración se encuentran compilados en *Centenario de los pronunciamientos y la Liga del Norte contra Rosas. Actos conmemorativos*. Tucumán: Talleres gráficos de Tucumán, 1941.

archivo de la provincia, formaría parte asimismo de la comisión, a la que significativamente se sumarían también algunos descendientes de los participantes de la Liga.

De esta forma, además de los intelectuales mencionados y del ministro de gobierno, formarían parte de la toma de decisiones sobre los festejos el monseñor Bernabé Piedrabuena, "nieto del entonces gobernador de la provincia Dn. Bernabé Piedrabuena", y también el Dr. Eudoro Avellaneda, "nieto del principal propulsor del movimiento, Dr. Marco Avellaneda".²⁵ La designación de los descendientes de los protagonistas evocados en la lucha anti-rosista es significativa para comprender las relaciones de aquella sociedad tucumana con su pasado y con el ejercicio de la memoria histórica. Además de la influencia de ambos en el Tucumán de 1940, por su investidura religiosa en el primer caso y por su relación con la industria azucarera en el segundo, el nombramiento de los descendientes contribuía a establecer otro puente entre el pasado y el presente, presentando a la élite tucumana del momento como una continuación de aquellos hombres de la Liga a quienes se les atribuían virtudes cívicas y heroicas.

Un mes antes de los festejos, la Comisión, "reunida en el despacho del Señor Ministro de Gobierno", acordó el programa de actividades a realizarse en el mes siguiente. Se enviarían invitaciones formales a los gobernadores de las provincias limítrofes que habían participado 100 años atrás de los sucesos históricos evocados.²⁶ Además de la participación de las provincias que habían sido parte de la Liga del Norte, la comisión aprobó otras acciones con las cuales se honraban aquellos sucesos, destacándose la colocación de una piedra basal en la plaza principal, a fin de indicar el sitio en dónde se colocó la pica con la cabeza de Marco Avellaneda, monumento que aún persiste en dicha plaza. Como parte de los actos organizados por la comisión, presidida por el Ministro de Gobierno y por Lizondo Borda, se decidió acuñar 50 medallas de plata y 500 de metal con contenidos alegóricos a fin de distribuir las entre quienes asistan a los actos. Finalmente, se decidió también realizar una publicación de amplia tirada del texto histórico del pronunciamiento contra Rosas, a fin de ser "profusamente distribuido". Al texto se

²⁵ Decreto del poder ejecutivo provincial, N° 307 del 23 de febrero de 1940, en *Centenario de los pronunciamientos...*, p. 9.

²⁶ Sección *Adhesión a los Actos*, en *Centenario de los pronunciamientos...*, pp. 15-22.

adjuntaba también el prólogo que “el ilustre” Juan B. Terán había escrito en una obra suya que contenía documentos referidos a Marco Avellaneda, figura a quién se otorgaba gran peso en los festejos, favoreciendo su lenta incorporación en un incipiente panteón de próceres nacionales.²⁷

La reedición de prólogo de Juan B. Terán, que formaba parte de su obra *Reflejos autobiográficos de Marco M. Avellaneda* evidencia además la vigencia que otorgaban los intelectuales tucumanos a Terán, fallecido poco antes de estos festejos. Con la confirmación de la adhesión de las cuatro provincias del norte que en aquellos tiempos de Juan Manuel de Rosas se habían unido a la lucha organizada desde Tucumán, la comisión organizadora y el poder ejecutivo lograban ampliar la escala y la importancia de la agenda de actividades. Esta participación de representantes de los poderes ejecutivos provinciales otorgaba además un rol protagónico a Tucumán con respecto a las provincias limítrofes, guardando cierta analogía con aquella organización de la Liga que se evocaba. Además de los representantes de las provincias de Catamarca, La Rioja, Salta y Jujuy, los organizadores tucumanos habían obtenido la adhesión a los festejos de algunas asociaciones de relevancia radicadas en la capital del país.

En la víspera de los festejos, la Alianza Indoamericana, con sede en Buenos Aires, mostraba su adhesión a los eventos a realizarse en Tucumán, mediante un documento firmado por 23 de sus miembros. Los firmantes de esta institución dedicada a honrar la memoria histórica nacional y latinoamericana afirmaban además la necesidad de recuperar el lugar pasado y presente de las provincias del interior en la construcción del orden nacional. Los firmantes mencionaban en su escrito “el colonialismo económico y cultural” en el que se encontraban postergadas las provincias, y sostenían que “la metrópoli sólo recuerda el pacto federal cuando catástrofes políticas, sociales o económicas conmueven al país entero”. La agenda de festejos organizada desde Tucumán, lograba así adhesiones en Buenos Aires, y obtenía además una ampliación de la agenda de actividades, que se realizarían no sólo en la provincia azucarera, sino también en la ciudad capital. En efecto, la Alianza Indoamericana organizaría para el propio 7 de abril, “un acto cultural y artístico, en

²⁷ Sección *Adhesión a los Actos*, en *Centenario de los pronunciamientos...*, p. 12 y p. 13.

conmemoración del centenario de la Liga del Norte y a la memoria del Marco Avellaneda, que supo ir al sacrificio junto con los suyos”, acto que contaría con la participación de diferentes instituciones radicadas en la capital del país.²⁸

A mediados del mes de marzo de 1940, en una fecha ya cercana a los festejos, la comisión organizadora siente la necesidad de ampliar su membresía sumando al “eminente investigador de la poesía tradicional”, Juan Alfonso Carrizo, quien había recopilado a lo largo de las provincias del norte unos 23.000 cantares y coplas, herencia cultural que mostraba la vigencia de la tradición hispánico-católica y de las prácticas de transmisión oral de la cultura.²⁹ Los cantares recogidos por Carrizo permiten adentrarse en el interior de la cultura oral y popular del siglo XIX, en la cual se advierten diferentes temas, entre ellos la forma en la que el caudillismo,³⁰ y la lucha de facciones fueron experimentados por la propia población.³¹ Además de comunicar a Juan Alfonso Carrizo el interés de la comisión en sumarlo a la organización de los eventos, incorporación que finalmente sería rechazada, Alberto Rougès expresó a través de su correspondencia personal su valoración de los acontecimientos que la sociedad tucumana se disponía a evocar.

En efecto, el intelectual y empresario azucarero realizaba una ponderación altamente positiva y romántica del joven Avellaneda, en línea con la tradición de escritos tucumanos que antes hemos desarrollado. El joven tucumano que evocaba Rougès era entonces “un hombre de pensamiento que concibe la Liga y le da su significado. Es un romántico que entrega su vida a su ensueño. En sus versos aparece la conciencia de su destino trágico”.³²

Como reverso lógico de esta imagen el intelectual tucumano vinculado con la Universidad, definía a Juan Manuel de Rosas como alguien que obstaculizaba la organización del país, y “vivía de rentas aduaneras que debían pertenecer al país”. Rougès

²⁸ Sección *Adhesión a los Actos*, en *Centenario de los pronunciamientos...*, p. 21.

²⁹ Marta Blache y A. María Dupey, “Itinerarios de los estudios folklóricos en la Argentina”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, N° XXXII (Buenos Aires, 2007), pp. 299-317.

³⁰ Juan Alfonso Carrizo, *Cantares históricos del Norte Argentino*. Buenos Aires: Editorial Baiocco y Cía., 1939, p. 66.

³¹ Ismael Moya, *Romancero*. Buenos Aires: Ed. Facultad de Filosofía y Letras, Tomo II, 1941, p. 395.

³² Carta de Alberto Rougès a Juan Alfonso Carrizo, en Elena Perilli de Colombres Garmendia et. al. (comp.), *Alberto Rougès. Correspondencia (1905-1945)*. Tucumán: Editorial Centro Cultural Alberto Rougès, 1999, p. 457.

desarrollaba sin embargo algunos matices a la visión que evocaba la Liga del Norte como una lucha contra la barbarie, al establecer algunas críticas a este movimiento de provincias que se habían pronunciado contra el gobernador de Rosas aquel 7 de abril de 1840. En forma similar a los matices interpretativos que hemos analizado en la obra de Juan B. Terán, y probablemente influido por los mismos, Alberto Rougès valoraba en términos generales la empresa política y militar llevada a cabo por la Liga del Norte, pero advertía en su conjunto una variedad de actores políticos a quienes juzgaba como unos "...Sanchos al servicio del ensueño de Avellaneda".³³

En este sentido mencionaba negativamente a Juan Lavalle, hombre de armas de amplia trayectoria en las filas unitarias, quien fuera uno de los líderes militares del movimiento contrario al rosismo. La correspondencia de Rougès permite advertir que si bien en la comisión organizadora primaba una visión que entendía a Caseros como el comienzo de la organización nacional y ubicaba al unitarismo como antecedente del liberalismo tucumano, existían matices significativos. Las críticas a la Liga del Norte en su nivel de organización y en la diversidad de sus actores políticos aparecían en Rougès como habían aparecido antes en Juan B. Terán, a pesar de que continuaba figurándose a esta empresa militar como un antecedente en la búsqueda de organización nacional, y como un ícono histórico por su enfrentamiento con un rosismo respecto al cual los intelectuales tucumanos se mostraban distantes.

5.- Escenificación del pasado y del presente: centenario de la Liga del Norte

Si la etapa de preparación de la conmemoración había tenido una escala amplia en cuanto a su nivel de organización y a la amplitud de su convocatoria, la etapa de concreción de los actos tuvo un despliegue igualmente notable, mostrando la firme voluntad de los organizadores por escenificar una mirada del pasado articulada al presente de una sociedad tucumana en expansión agroindustrial y cultural. Los actos planeados tenían una prolongada duración de tres días, desde el Sábado 6 hasta el lunes 8 de abril de 1940. Contenían una diversidad de expresiones conmemorativas: discursos alusivos, medallas

³³ Carta de Alberto Rougès a Juan Alfonso Carrizo..., p. 457.

conmemorativas, folletos impresos, marchas patrióticas, clases magistrales, una misa en la Iglesia Matriz y la colocación de la piedra basal. La participación de actores cívicos de distinta naturaleza es también significativa para el análisis, siendo notoria la participación de instituciones educativas de variada índole, que totalizaban la amplia cantidad de 4.000 alumnos, provenientes de 4 escuelas nacionales y 16 escuelas provinciales.

Durante el primer día estipulado para los festejos, es decir, el sábado 6 que marcaba la víspera del evocado 7 de abril, los eventos organizados fueron en su totalidad de naturaleza educativa: se dispuso que en todos los establecimientos pertenecientes al Consejo General de Educación, se llevaran a cabo clases alusivas a la Liga del Norte, sobre sus protagonistas y sobre sus objetivos, haciendo principal referencia al rol del tucumano Marco Avellaneda. Dentro de las clases dictadas ese día, se dispuso que, entre las mismas, funcionara una clase llamada "modelo", que debía realizarse en la Escuela Presidente Avellaneda N° 2. La mencionada clase contaría, nada más y nada menos, que con la presencia del Gobernador de la Provincia, los delegados de las provincias invitadas, los miembros de la comisión, y los familiares de la influyente familia Avellaneda.

Luego de la disertación realizada por la maestra a cargo, que los diarios locales destacaban por sus "demostraciones gráficas", los alumnos tuvieron a su bien una exposición destinada a "detallar los hechos más sobresalientes del pronunciamiento, desde la llegada de Marco Avellaneda, su ascensión a la presidencia de la Sala de Representantes, hasta la verdadera iniciación de la campaña contra la tiranía".³⁴ La clase modélica, que se destacaba por la presencia de autoridades y organizadores, concluyó con una acción evocativa en la cual el alumno Miguel A. Molina, "aplaudido por (...) su clara dicción y el firme acento de sus palabras" tuvo a su cargo la recitación de la proclama del pronunciamiento, escrita por el Mártir de Metán.³⁵

A diferencia de la víspera, que concentró como vimos acciones conmemorativas ligadas con el orden escolar, el día 7 de abril de 1940 se destacó por una variedad de

³⁴ Sección Comentarios Periodísticos, en *Centenario de los pronunciamientos...*, diario "La Gaceta" del 7 de abril de 1941, p. 37.

³⁵ Sección Comentarios Periodísticos, en *Centenario de los pronunciamientos...*, diario "La Gaceta" del 7 de abril de 1941, p. 37.

acciones y de actores cívicos implicados en homenajear al pronunciamiento que había permitido la creación de la liga de provincias. A la mañana de ese día, la agenda de festejos comenzó con una misa de acción de gracias por el pronunciamiento, oficiada por el Monseñor Bernabé Piedrabuena, que además de su condición religiosa era nieto de su ascendiente homónimo que fue gobernador en tiempos de la lucha anti-rosista, e integraba como vimos la comisión organizadora.

Luego de la misa realizada en San Francisco, a la que asistieron autoridades políticas religiosas y militares de la provincia, sumados a los miembros de la comisión, descendientes, representantes de las provincias invitadas y público en general, los eventos continuaron en la plaza principal, próxima a la iglesia. Luego de la entonación del himno a cargo de la Banda de Música de la Provincia, e interpretado por una cantidad notable de alumnos que ocupaban la plaza en filas y columnas, la agenda continuaba con dos discursos alusivos, a cargo del Ministro de Gobierno Dr. Manuel Andreozzi, y del Padre Miguel A. Vergara, quién además de representar a Salta era miembro de la Junta de Estudios Históricos de aquella provincia.

Más allá de la nota singular de cada uno de los oradores, ambos discursos ubicaron a la Liga del Norte como un hito histórico provincial y nacional, ligado con el ideal de la organización nacional y por tanto opuesta a un rosismo que se definía como la contracara de estos ideales. Las palabras del delegado de Salta fueron las que con mayor claridad se ubican en el registro histórico al que ya hemos aludido, caracterizando a "los hombres unitarios" con una serie de atributos cívicos que, a pesar de los obstáculos del rosismo, e incluso gracias a los mismos, se ubicaban como mártires o antecesores del orden liberal cuyos inicios se ubicaban en la Batalla de Caseros, heredera natural de los valores de la Liga del Norte. El gobernador Rosas era ubicado entonces en el discurso del Padre Miguel A. Vergara como un "dictador sagaz e impenetrable, por lo cual era menester destruir aquel dique (...) redactar la constitución nacional (...) y que concluyera el caudillismo de las tiranías díscolas". La alocución del representante de la provincia de Salta concluía con una articulación entre el pasado, el presente y el futuro de la Provincia de Tucumán y de la Nación Argentina, mediante la ponderación del legado de la Liga del Norte:

“(…) Moría la Liga del Norte en Octubre de 1841; pero sus enseñanzas perduran hasta hoy. Aquí ha de levantarse una gloriosa página de la historia nacional, escrita en piedra y bronce, que será un hito espiritual, señalador de las inmensas fronteras del heroísmo de nuestros mayores”.³⁶

Por su parte, el discurso del Ministro de Gobierno de la Provincia de Tucumán, Dr. Manuel Andreozzi –si bien en términos generales establecía una carga valorativa similar respecto al rosismo, la Liga del Norte y la figura de Marco Avellaneda–, realizaba también un ejercicio de ecuanimidad llamativo, teniendo en cuenta el grado de arraigo del imaginario histórico que hemos abordado. Andreozzi afirmaba que:

“(…) no damos a estos festejos el carácter de expresión de bandería o de facción. No festejamos ni un triunfo de las provincias del Norte sobre Rosas ni una derrota de la política de éste o el comienzo de su declinación. Festejamos el centenario de un hecho histórico importante”.³⁷

La extensa agenda conmemorativa prevista para el día 7 de abril, el principal entre los tres días de festejos, culminaba con la colocación de la piedra que evocaba el lugar físico de la cruenta escenificación pública de la cabeza de Marco Avellaneda. Luego seguía una “procesión cívica” de las autoridades hacia la legislatura provincial, sitio en dónde se colocó, y aún hoy persiste, un amplio retrato del joven tucumano en frente del cual se colocaron flores y se realizaron nuevamente dos discursos. Esta vez las palabras alusivas fueron más sintéticas y estuvieron a cargo de Lizondo Borda, vicepresidente de la comisión y del senador provincial Dr. Adriano Bourguignon. Este último discurso se ocupó de marcar la continuidad entre el antiguo espacio legislativo animado por la presencia de Marco Avellaneda y el recinto en su momento actual, ya que el senador formaba parte de este ámbito. Se acudía entonces a la idea de la “unidad política de los órganos del Estado a través del tiempo”. El historiador tucumano Lizondo Borda tendría una nueva participación en los festejos al día siguiente. El lunes 8 de abril, los eventos se concentraron en la

³⁶ Sección Discursos, en *Centenario de los pronunciamientos...*, p. 57.

³⁷ Sección Discursos, en *Centenario de los pronunciamientos...*, p. 49.

Biblioteca Alberdi, en dónde además de una nueva entonación del himno y la entrega al público asistente de las medallas que se habían encargado, Lizondo Borda desarrolló una conferencia alusiva.³⁸

Estas dos evocaciones frente al amplio retrato de Marco Avellaneda, se abocaron también a la rememoración emotiva del joven romántico. El senador mencionó el "sacrificio consciente" del joven Marco, y recordó que en tiempos de su niñez se entregó el cordón para descubrir el retrato al Dr. Marco Avellaneda, hijo del mártir. Por su parte Lizondo Borda hizo presente al prócer tucumano, parafraseando a Paul Groussac, quien había señalado la singularidad de Avellaneda, a quién "el destino le dio un año de vida pública para hacerse inmortal".³⁹

Consideraciones finales

Desde el último tercio del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo siguiente se desarrollaron ampliamente en Tucumán las investigaciones referidas al período de los caudillos, escritas en clave de historia provincial, pero articuladas a una incipiente disciplina histórica de carácter nacional. En un itinerario comenzado por el franco-argentino Paul Groussac durante su estadía en la provincia norteña, los escritos de tipo histórico fueron sucediéndose en Tucumán, elaborando pautas metodológicas y ampliando el corpus documental utilizado, en forma paralela a una mayor integración de los historiadores provinciales en el plano nacional, como se evidencia con la participación de Manuel Lizondo Borda en la *Historia de la Nación Argentina* dirigida por Ricardo Levene.

En forma convergente con lo que ocurría a nivel nacional, los circuitos académicos tucumanos reforzaban una memoria histórica que ligaba al unitarismo del temprano siglo XIX con el impulso liberal posterior a la Batalla de Caseros, ligado en la provincia a la expansión agroindustrial registrada entre finales de ese siglo, y los albores del siguiente. En un Tucumán que crecía por el impulso de la industria azucarera, acompañado por un paralelo desarrollo cultural plasmado en la creación de la Universidad Nacional de

³⁸ Sección Discursos, en *Centenario de los pronunciamientos...*, p. 60.

³⁹ Sección Discursos, en *Centenario de los pronunciamientos...*, p. 61.

Tucumán (1914), el estudio del pasado de la provincia y la entronización de figuras locales en un panteón nacional favorecía a una elite tucumana que había alcanzado notoriedad en el campo académico, y ocupaba también importantes ámbitos de deliberación política.

La figura de Marco Avellaneda había desplegado un carácter dramático y un estatus de heroísmo y de virtud ciudadana, tanto en la provincia tucumana como en menor medida en las provincias limítrofes y en la capital. Las evocaciones al joven amigo de Alberdi eran de orden variado, presentes como vimos en la bibliografía académica pero también en actos conmemorativos, nombres de calles y escuelas, veladas literarias y otras formas de expresión de la memoria colectiva. Tanto en las producciones historiográficas como en los diferentes registros conmemorativos, la llamada generación del centenario, compuesta Juan B. Terán, Alberto Rougès, Lizondo Borda, Ernesto Padilla, entre otros, contribuyó a la construcción de una imagen de Avellaneda cuyas virtudes se presentaban como la contracara del fenómeno del caudillismo y de la figura de Juan Manuel de Rosas.

Como hemos visto, la perpetuación de la figura del joven romántico fue posible, también, por el fuerte influjo que la familia Avellaneda hizo en el nivel local y nacional, en particular durante las postrimerías del siglo XIX y los inicios del siguiente. El 7 de abril de 1940 (al conmemorarse el centenario del pronunciamiento de la Liga del Norte contra Juan Manuel de Rosas, en el cual Marco Avellaneda tuvo una participación decisiva), Tucumán se convirtió en sede de un festejo que tuvo una escala notable en lo que respecta al nivel de organización, a la variedad de los registros conmemorativos y a la diversidad de las instituciones adheridas. Los actos ocurridos durante aquellos tres días de festejos, incluyeron discursos alusivos, medallas conmemorativas, conferencias, y otras formas de la memoria histórica. Representaron, en una escala ambiciosa, una mirada del pasado que tenía una relación de continuidad con la tradición historiográfica desarrollada en la provincia por los estudios de Paul Groussac, Lizondo Borda y Juan B. Terán.